

—No se desespere usted, señora; tal vez su ausencia no sea mas que de algunos dias.

—¿Cómo? exclamé. ¿Usted sabe que mi esposo se ha ausentado?... Entónces... ¿por qué no lo sé yo?... Quiso el jóven retirar sus palabras, mas era tarde; un infierno se habia apoderado de mi corazón.... No sé lo que le dije ni lo que me dijo; después de esto, precipitéme á la escalera como una demente, y sin cuidar de responder al susodicho, que tras de mí bajaba, metíme en el primer carruaje que salió á mi paso, llegando á mi casa en el estado que puedes imaginarte.

—¡Desgraciada! exclamó la duquesa. Mas deja estos recuerdos que te perjudican, y...

—No, no, amiga mia; quiero que sepas, ya que no todo lo que he sufrido, de la manera que vine á parar aquí.

—Pero si....

—Seré breve, Adriana.... Una vez en mi casa, corrí á los aposentos de mi espo-

so, por si en ellos encontraba algun indicio que me aclarara el enigma; nada hallé de pronto que me diera luz alguna. Busqué en su tocador; nada tampoco; abrí su secreter.... ¡Oh, Adrianal ni un billete, ni un papel, ni una moneda encontré del escaso capital que nos quedaba. Buscando y buscando, tropezaron mis ojos con una cosa blanca; cogíla temblando.... era un papel descuidadamente doblado....

—¿Y qué contenia? interrumpió con vivo interes Adriana.

—¡Ay, amiga mia, mi sentencia de muerte! Aquí lo guardo como cosa sagrada; té-malo, y juzga.

Y sacando de su seno un papel, lo entregó á la duquesa. Abriólo ésta con trémula mano, y vió que decia:

«Parto para siempre; olvida á quien no te merece.

RICARDO.»

—¡Que le olvide me decia, sabiendo que yo vivia para amarle! Partió.... ¡ay! llevándose el pan de su hija; dejándonos á

las dos sumidas en la más espantosa miseria, sin acordarse de la pobre niña, á quien habia dado el ser, y de la esposa á quien arrancó de su patria, del seno de su familia, llamando quizás sobre ella la maldición paterna.... Mas ¿qué digo?.... ¡Oh! ¡perdon, Ricardol! ¡Yo ofendo tu memoria!.... Adriana, perdonémosle.... era mi esposo, el padre de mi hija.... Sí, sí, perdonémosle para que Dios le perdone.... Y al decir esto, un torrente de lágrimas ahogaba la voz de la afligida enferma.

—Basta, por Dios, Isabel, exclamó Adriana; cambiemos de conversacion. Quede sentado que tu esposo te abandonó de una manera incalificable, y veniste á habitar con tu hija esta pobre guardilla; ¿no es aquí donde empieza lo que pretendias relatarme?....

—Sí, Adriana, sí; y enjugándose las lágrimas, continuó: Instalada en esta humilde habitacion, que me proporcionó mi doncella, si bien no contaba con un céntimo, pues la enfermedad que me ocasionó tan

terrible golpe, agotó los pocos recursos que me quedaron, forzándome á vender casi todos mis muebles, restábanme, sin embargo, algunas alhajas, todas para mí queridas, entre ellas un medallon con el retrato de mi infortunado esposo, primer obsequio que de él recibí. Una vez en mi nueva morada, visitóme esta noble y bondadosa anciana, viuda de un alto funcionario del Estado, que con serlo, estaba acosada por una miseria semejante á la mia. Los que sufren, simpatizan fácilmente. Aquel dia recibí las primeras palabras de consuelo de que desde que me faltaban las tuyas carecia. Al dia siguiente volvieron á visitarme madre é hijo; este jóven, cuya intachable honradez, cuya nobleza de sentimientos y grandeza de alma solo contigo pueden compararse. Adriana bajó los ojos por no encontrarse con los de su amiga, la cual continuó:

—Consolidóse nuestra amistad con una mútua confesion de nuestros pesares; ambos éramos desgraciados, y mitigábamos

nuestros dolores confundiendo nuestras lágrimas. Enrique contaba entonces veinte años: durante el día copiaba música, escribía por las noches en una imprenta, y los días festivos estudiaba. Enterado, sin duda, de mi aciaga historia por su buena madre, ya que ningún consuelo érale dado prodigarme, manifestó, sin embargo, toda la angélica bondad de su corazón en mi pequeña hija. ¡Oh, Adriana! ha sido un verdadero padre para ella y un hermano para mí. Desde luego fué preciso ocuparse en los medios de buscar mi subsistencia y la de mi pobre niña, á cuyo efecto doña Carmen me presentó á una tienda para la que ella hasta entonces había trabajado, y por sus muchas recomendaciones proporcionaronme labor. Bajo su dirección empecé á trabajar, y con su ayuda, á cumplir los muchos encargos que en la tienda me hacían, pues yo sólo sabía hacer estos frívolos primores que para nuestro entretenimiento nos enseñan. Del mismo modo que la buena anciana me en-

señó á ganar el pan, tomó Enrique bajo su cuidado la educación de mi pobre hija. Con una paciencia superior á todo encomio, con una asiduidad y un cariño, solo al mío comparables, enseñó las primeras letras á mi Isabel, comunicó la primera luz á su naciente inteligencia . . . No sé, querida Adriana, el efecto que á tí te harán los rasgos que de este jóven muy superficialmente te describo, comprendo que para apreciarlos en todo lo que valen es necesario ser madre.

—Continúa, amiga mía, contestó la duquesa; si crees en mi amistad, no debes dudar del efecto que me harán esos rasgos que tanto bien te han hecho.

—El tiempo que empleaba en la educación de mi hija robábalo á su descanso, y al suplicarle yo, como era mi deber, que atendiera más á sí mismo, pues no podría soportar tanto desvelo, solía contestarme:

—Mucho le debo á mi buena madre, señora, pero lo que nunca podré agradecerle bastante es la educación que á costa de

tantos sacrificios me ha dado. La educación, que no la fortuna ni los blasones, hace la persona decente. Deje usted que instruya á esa pobre niña, ya que no tengo otra cosa que darla; sé que en el día no alivio su desgracia, pero quizás influya en su porvenir. . . . Solo me era lícito expresar al jóven mi sincero agradecimiento; pero en mi interior hubiera besado las manos que tan delicadamente marcaban las primeras letras á mi inocente hija.

Restábame aún mucho que padecer en este mundo, y como si no fuera bastante lo hasta allí sufrido, agobiada por un trabajo, superior á mis fuerzas, caí gravemente enferma. Tú ya comprenderás lo que era una enfermedad para mí en tales circunstancias. Mis manos era nuestro sustento, si éstas cesaban de trabajar, ¿de qué comería mi hija? ¿De qué pagaría yo una medicina para mi quebrantada salud? Solo un recurso quedaba, ¡extremo por cierto! Vender las dos únicas alhajas que aun conservaba, dos joyas guardadas como dos

preciosos talismanes; era la una el medallón que encerraba el retrato de mi esposo; la otra, una pequeña taza de oro, en la que dieron el primer alimento á mi hija, único presente que ésta recibió de su padre. Acosada por la necesidad, entreguéla á Enrique para que la vendiera, y solo despues de esperar inútilmente algunos días un alivio á mi enfermedad, durante los cuales su buena madre estuvo cosiendo á la cabecera de mi cama, ganando para mí y para mi hija lo que á mí no me era posible, y cuidándonos á ambos con la solicitud de una madre, fué vendida la alhaja. Gracias á los desvelos de ambos, restablecíme al poco tiempo, emprendiendo de nuevo mi trabajo, y entre privaciones y sufrimientos corrieron los días, sin otro consuelo que el de ver crecer á mi hija, y á la par de su cuerpo, desarrollarse su inteligencia, gracias al tierno cuidado y solícito interes de su jóven profesor. Hará como cosa de dos años, otra enfermedad más grave, más terrible que la primera, puso en inminente pe-

ligro mi existencia y á dura prueba la amistad de estos dos magnánimos séres cuya abnegacion no tiene ejemplo. Terminando estaba Enrique su primer libro, libro cuyas últimas páginas fueron escritas velando á una mujer moribunda. ¡Ah! ¡no, no, Adriana, yo no podré olvidar nunca lo que debo á esta virtuosa familia! Con la niña sentada sobre las rodillas, acallando su llanto y prodigándole palabras de consuelo, mientras su buena madre andaba ocupada en sus continuos quehaceres, triplicados con mi enfermedad, llenaba Enrique las últimas páginas de su obra con un afán, con una vehemencia imposible de describir. Cuando su madre le pedia que diese algun descanso á su fatigada imaginacion, solia contestarla:

—¡Ay madre mia! si no vendo pronto el libro, ¿qué va á ser de la enferma y de nosotros? Y para venderlo es preciso concluirlo.

Había yo propuesto algunas veces que se vendiera el medallon, única alhaja que

conservaba, reliquia santa que hubiera querido darla por sagrario mi propia alma; mas comprendiendo ellos el agudo dolor que yo habia de sentir al desprenderme de prenda tan querida, rechazaban mi proposicion, agotando todos los recursos para sostenernos á mí y á mi hija, valiéndose de todos los medios que su magnánimo corazon y desinteresado afecto les dictaba. Mas llegó un dia en que se quedaron sin pan y faltos de todo recurso, entónces fué preciso consumir el sacrificio. Empeñóse la alhaja; mi enfermedad se agravó, y al poco tiempo nos hallábamos otra vez careciendo de todo y sin esperanzas; sin embargo, no por esto se quedó sin comer mi pobre hija. Al primer grito de hambre que ésta dió, saltó la pluma de las manos de Enrique, y tomando su capa, precipitóse á la calle con la celeridad del rayo, volviendo á los pocos instantes tiritando de frio, sí, mas trayendo envuelto en un pañuelo lo más necesario para apagar el hambre. ¡Había empeñado la capa para dar de comer

á mi hijal . . . . Adriana, juzga á este hombre, y dime si hablé mal al decir vale tanto como tú.

—¡Oh, Isabel! ¡qué pequeña soy yo á su lado. . . . Yo doy lo que no he menester, lo que me sobra, una vez satisfechos mis caprichos; él se despoja de su propio vestido para dar de comer al hambriento. . . . Y añadió entre dientes como si meditara arrobada: ¡Oh, Dios mio! . . . . qué miserables son las riquezas que nos impiden ser tan grandes! ¡Oh, Enrique, dichosa la mujer á quien entregues los inmensos é inimitables tesoros que tu corazon encierra!

—¿Qué? exclamó Isabel.

—Sigue, amiga mia, sigue con tu relato, y no extrañes mi admiracion y mi entusiasmo ante tanta grandeza.

Quedóse Isabel mirando fijamente á su amiga, y luego continuó:

—Mientras comia mi hija, y en tanto que él preparaba la medicina que aliviaba mi dolencia, repuso, como contestando á las

grimas que asemaban á los ojos de su madre y á los míos.

—Nosotros hubiéramos esperado á comer mañana, en que cobraré lo concertado con el editor si esta noche concuyo el libro; pero esta inocente no hubiera podido esperar, y los gritos de hambre de la hija hubieran sido la muerte de la madre.

No era posible contestar á tanta abnegacion, mas no paró aquí todo. Una vez vendida su obra, pudo presentarse decentemente y hacer las gestiones necesarias para alcanzar algun empleo; y gracias á su libro, fué aceptado en la redaccion de un periódico nacido de un cambio político, y muerto al poco tiempo por lo mismo que le dió vida, empezando á escribir desde luego la obra que ahora ha terminado. Desde el momento que entró en la redaccion, pudo ya contar con un sueldo fijo, que si bien no era muy crecido, con la economía á que estaban acostumbrados les bastaba para sufragar todos sus gastos. Al poco tiempo de esto entró un dia doña Carmen

en mi habitacion más risueño el semblante que de costumbre, y sentando á mi hija sobre sus rodillas, colocó en su garganta el medallon que con tanto dolor de mi alma habia sido fuerza llevar al Monte de Piedad. Excusado es decirte lo que sintió mi corazon al ver este nuevo rasgo de la sublime bondad de mis amigos. Rehusé, como era mi deber, tamaño sacrificio, mas contestóme la buena anciana con estas palabras:

—En nada nos perjudica, Isabel, pues desde el momento en que mi hijo entró en la redaccion, hizo el firme propósito de no gastar un cuarto para sí hasta recobrar esta alhaja que tantos suspiros cuesta. Con sus ahorros particulares lo ha conseguido, y por mis manos se la entrega á usted para que tengan ustedes ambas un recuerdo del esposo y del padre.

—¿Que más, amiga mía, podré decirte del corazon de Enrique y de su excelente madre? ... Tres meses hacia cuando la Providencia te encaminó á mi casa, que

nós mantenian á mi Isabelita y á mí, escaseándose hasta el alimento porque no careciese de él mi hija, y contrayendo crecidas deudas para sostener mi enfermedad despues de haber echado mano de cuanto podia convertirse en dinero, las que tendrá que satisfacer cuando venda su segundo libro. Este es Enrique de Velasco, Adriana querida; ésta su madre. He querido que los conocieras, porque siendo tu corazon como el de ambos, unais los tres en amistoso lazo, legándote como única herencia, en caso de mi muerte, que les agradezcas por mí lo que yo no puedo.

—¡Oh, Isabel, esas son deudas que solo el corazon puede pagarlas! Yo, desde luego, te confieso sentir el mio conmovido y humillado ante tanta abnegacion y tanta grandeza. ¡Ah, qué bien le juzgué al leer su libro! ¿y cómo no? si cada página de aquel es un reflejo de su sublime corazon y clara inteligencia.

—¿Cómo? exclamó Isabel: ¿tú has leído su obra?

—Sí, amiga mía, la casualidad puso en mis manos la primera que ha salido de las de ese sér privilegiado. No le conocía, y, sin embargo, mi admiracion hácia él data del momento que leí la primera página de aquella.

—¿Y la de él hácia tí? preguntó la enferma, esforzándose en dibujar en sus labios una sonrisa.

—¿Qué quieres decir? respondió la duquesa bajando los ojos.

—Que no ménos te admira á tí Enrique, tal vez porque su talento privilegiado alcanza á leer en el libro de tu corazon, y lo ve tan bello como es.

—¡Oh! calla, calla... le interrumpió Adriana.

—He tenido más de una ocasion en las que he podido apreciar hasta qué grado te admira; sin embargo, callaré porque percibo sus pasos.

Efectivamente, Enrique de Velasco entró en el aposento, y detras de él la anciana nodriza llevando de la mano á la pe-

queña Isabel, que se precipitó en los brazos de su madre, enseñándola un juguete que aquella acababa de comprarla.

Adriana estrechó la mano que el jóven la presentaba, á cuyo contacto palidiecion ambos; y queriendo apartar la vista uno de otro, acabaron por confundir sus almas en una mirada...

Momentos despues, acompañada de su nodriza, atravesaba la duquesa la Puerta del Sol en direccion á su casa, tan engolfada en sus pensamientos, que apenas contestaba á las palabras que la dirigia la anciana.

Al entrar en casa de los barones del Monte se dibujó en sus labios una sonrisa de desden que encerraba un poema.